

Antología helada□□

Alejandra Abraham□□



Capítulo 1



Image not found.

Prólogo: Juego eterno

Cuento 1: El sendero del miedo

Cuento 2: El sueño interpretado

Cuento 3: Pasos en la noche

Cuento 4: Bruja

Cuento 5: La prisión de las sombras

Cuento 6: El embravecido mar

Cuento7: Abismo

Cuento 8: Fuego fatuo

Cuento 9: La luz de la razón

Cuento 10: Secuestro

Cuento 11: Paladín

Cuento 12: Cacería feroz

Cuento 13: Mi encuentro con la oscuridad

Cuento 14: Por última vez

Cuento 15: Suceso inesperado

Cuento 16: Sin un adiós

Cuento 17: Cuento breve

Cuento 18: Soplo alquímico

Cuento 19: La reencarnación del lobo

Cuento 20: Superficie

"Antología helada" ya está disponible en E-book y en formato físico.

Muchísimas gracias por tu apoyo en esta obra.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 2

Desde los oscuros rincones de mi mente les traigo una colección de cuentos de distintos géneros en donde predomina el terror y lo fantástico.

Aquí les dejo un poema antes de comenzar con los cuentos.

Juego eterno

Rey de la devastación y de la guerra.
Su reina, hechicera blanca y fría.
Su reino, una perversa distopía.

Señor dueño de nada, siempre eterno
se enfrenta una vez más al mismo juego.

Un ejército de sombras y de miedo
avanza al otro lado de un tablero.
A su paso caen las torres como el clero.

Es la arena de un reloj que marca el tiempo
la que exige una vez más un movimiento.

Un caballero aguarda en el poniente
mientras los peones libran sus batallas
inconscientes de un alfil en el oriente.

La blanca muerte es hoy dueña del tablero
aunque trasciende los límites del juego.

Muchas gracias por comenzar a leer esta obra. Espero que disfrutes leyéndola tanto como yo disfruté al escribirla.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 3

Cuento 1: El sendero del miedo

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/CB1O826p1K8>

El único sonido en la oscuridad eran sus pasos apresurados. Bajo sus pies cientos de hojas cubrían el suelo, como si la naturaleza hubiese colocado una alfombra de oro sobre la tierra. Había cierta poesía en ello y quizás en otro momento de su vida podría haber llegado a apreciarlo. Sin embargo, no disponía del tiempo para detenerse a observar detalles como aquellos, al menos no cuando algo lo perseguía y tal vez su vida dependiera de poder llegar a casa a tiempo.

No había luna y tampoco estrellas que salpicaran el cielo negro y Joan agradecía no estar completamente inmerso en la oscuridad. Aunque su teléfono no disponía de señal en medio del bosque, la luz que le proporcionaba la pantalla del pequeño aparato le daba cierta sensación de alivio.

Había recorrido aquel sendero que separaba el pueblo de su cabaña un millar de veces, aunque nunca antes se había sentido tan indefenso en medio de la inmensidad del bosque.

Joan miró sobre su hombro una vez más, pero su perseguidor, anticipando sus movimientos, había logrado camuflarse entre los troncos nuevamente. Pese a que no había podido establecer contacto visual con él, podía sentirlo cada vez más cerca, aproximándose, persiguiéndolo desde que los contornos de las casas del pueblo habían comenzado a tornarse lejanos.

Como si se tratara de un mal augurio, el bosque entero estaba en silencio. Los sonidos típicos en la naturaleza se habían extinguido por completo. Luego de haber vivido allí toda una vida, Joan había aprendido a que los animales eran sabios y presentían cuándo el peligro estaba próximo y en ese momento podía sentirlo justo a sus espaldas.

Su marcha apresurada no tardó en transformarse en un trote y luego en una carrera. Estuvo a punto de tropezar en más de una ocasión, debido a que el terreno era irregular y las raíces de los árboles eran traicioneras, pero no aminoró su velocidad. Ni siquiera lo hizo cuando su garganta comenzó a arder a causa de su agitada respiración y sus piernas doloridas le pidieron clemencia. Cualquier paso en falso bastaría para que aquello que lo acechaba cumpliera su objetivo.

Su acelerado corazón amenazó con escaparse de su pecho cuando el crujido de una rama confirmó que su perseguidor estaba ya a unos pocos pasos de donde se encontraba. Entonces lo supo con certeza, no había escapatoria. Fuera lo que fuera aquello era mucho más rápido y más fuerte que él y acabaría por alcanzarlo.

Se detuvo desesperado, intentando encontrar algún lugar para poder esconderse, pero era demasiado tarde. Casi podía sentir la respiración de su atacante erizando el vello de su nuca. Lo sentía justo detrás de él. Joan se volteó en vano, pues la pantalla de su celular se había bloqueado, dejándolo a ciegas y completamente indefenso a merced de aquel ser demasiado silencioso.

Intentó gritar, pero un nudo se había formado en su garganta y ni siquiera permitía que el aire pasara a través de ella. Cerró sus ojos con fuerza preparándose para lo peor. Sintió el dolor agudo de la muerte atravesar su pecho y al caer sobre un montículo de hojas se amortiguó un sonido sordo que nadie pudo escuchar. No había nada ni nadie, tan solo el viento helado del otoño que continuó su viaje y se llevó consigo el último aliento de Joan.

¿Alguna vez sintieron que los seguían?

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Image not found.

Capítulo 4

Cuento 2: El sueño interpretado

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/vwatScxfBrk>

Una densa nube de humo blanco y el aroma a tabaco concentrado inundaban el pequeño consultorio de la doctora Noemí Cifuentes. Había fracasado en numerosos intentos de terminar con su vicio y finalmente lo había aceptado como una parte de ella.

En tan solo dos años podría jubilarse y se dedicaría a publicar alguno de los tantos ensayos y novelas sobre psicoanálisis que había escrito a lo largo de su vida. Hasta entonces, sus días transcurrían de lunes a viernes escuchando los problemas de sus frustrados o deprimidos pacientes.

Alguna vez había disfrutado de sus fines de semana junto a sus dos hijas y su esposo. Tras la muerte de su marido y con sus hijas en el extranjero, su principal entretenimiento era desgrabar las historias de vida que le confiaban. Utilizaba aquello que escuchaba para escribir. Mezclaba los relatos entre ellos, los modificaba y los decoraba un poco para que resultasen más interesantes. No había nada de malo en eso, después de todo, hasta el mismo Freud había publicado la vida privada de sus pacientes cambiando sus nombres para proteger de esa manera su identidad.

Había estado escuchando antiguas grabaciones durante casi todo el sábado y rescatando pequeñas frases y fragmentos de sueños o vivencias que apuntaba en el Word de la netbook que su hija mayor le había regalado para Navidad. Desde entonces, no imaginaba sus días sin tener acceso a toda la información que necesitaba a tan solo un click de distancia.

Las palabras de un paciente al que no atendía desde hacía más de un año estaban siendo reproducidas en ese momento. Se trataba de la voz de Augusto Mesara, una de esas personas a las que ella denominaba un soñador. Le pagó durante meses una costosa consulta semanal, tan solo para que ella lo ayudara a interpretar sus sueños. Siempre era lo mismo, se veía a sí mismo ejerciendo violencia de las maneras más atroces contra algún niño indefenso. Cuando estaba despierto, Augusto era una persona tranquila con un trastorno obsesivo compulsivo por el orden. Estaba casado con una mujer seis años mayor que él. Sus sueños habían terminado por revelar que tenía un deseo homosexual reprimido que

manifestaba con una pulsión sádica mientras dormía.

A lo largo de sus cuarenta años como psicóloga, había escuchado todo tipo de confesiones atroces, pero no había percibido en Augusto ningún peligro potencial para nadie. Sus sueños eran violentos, sin embargo el muro de represión que él mismo había forjado en su mente habría sido muy difícil de derribar. Al menos, eso había creído Noemí durante el tiempo en que lo había atendido.

Un escalofrío se extendió desde su nuca por todo su cuerpo. El relato del sueño del paciente coincidía en su totalidad con una escabrosa noticia que los medios de comunicación se habían encargado de hacer viral. La estaban reproduciendo una y otra vez en todos los canales desde que el crimen había ocurrido hacía un par de semanas. La morbosidad era rentable para los programas de noticias que no se guardaban ningún detalle con respecto al caso del niño de diez años asfixiado hasta la muerte con un oso de felpa. El pequeño había sido encontrado vestido como una muñeca de porcelana y llevaba el juguete con el que habían causado su muerte entre los brazos. La descripción del vestido e incluso del muñeco coincidían con los del sueño de Mesara.

Noemí se quedó sentada frente a la pantalla del ordenador escuchando horrorizada, una y otra vez, el preludeo del homicidio. Se debatía internamente y no estaba segura si debía llamar o no a la policía. Augusto no parecía una persona violenta, sin embargo el crimen había sucedido tal cual lo había relatado un año antes de que ocurriese. ¿Podía haberse equivocado tanto con el diagnóstico? Quizás él había comentado su sueño con alguien más. La terapeuta se preguntó cómo podía haber olvidado lo relatado por su antiguo paciente.

Noemí sabía que lo correcto sería mostrar las grabaciones en la comisaría, sin embargo consideraba que Augusto no podía ser el autor material del homicidio. Ella nunca se equivocaba, no después de tantos años de experiencia.

Buscó en su bolso y tomó su celular. Aún conservaba entre su lista de contactos el número de Augusto. Meditó por un instante y finalmente optó por llamarlo para concretar una cita en algún lugar público, con el objeto de sugerirle que hablase con la policía. Ella no creía que él pudiese haber cometido el crimen, pero quizás había sido alguien de su entorno. Él escuchó su teoría e interrumpió la llamada. Intentó comunicarse nuevamente, pero se dio cuenta que él había bloqueado su número.

Encendió un cigarrillo para poder aclarar sus ideas. Sabía que tenía que comunicarse con la policía. La negativa de Augusto de hablar de la situación no hacía más que inculparlo.

Las horas pasaban más rápidamente de lo que hubiese deseado. Al primer cigarrillo le siguieron otros y varias tazas de café. Se había hecho de noche y no había encontrado el valor para ir a la comisaría a denunciar que quizás uno de sus antiguos pacientes era un criminal. Se preguntó qué pensarían sus colegas al haber omitido la peligrosidad de Augusto Mesara.

El sonido del portero eléctrico la arrancó súbitamente de sus pensamientos. Eran dos oficiales que querían subir para hablar con ella sobre Mesara. Una sensación de alivio recorrió todo su cuerpo. Quizás Augusto había optado por entregarse.

Dejó pasar a los policías y se ofreció a mostrarles las grabaciones. Ellos cortésmente le dijeron que tenían una orden de registro para ver si encontraban algo relevante. Ante cualquier duda, consultarían con ella.

Noemí se quedó sentada en su sofá mientras los policías revisaban todo lo que había en su consultorio. Finalmente, uno de ellos la llamó.

—¿Qué tiene en estos sobres cerrados? —preguntó.

—Nada importante. Los dientes de leche de mis hijas, cartas de mi marido y flores secas —respondió ella despreocupadamente y volvió a sugerir que escuchasen el audio.

Una vez más, no siguieron su sugerencia y uno de ellos continuó revisando cajones mientras el otro abría los sobres. La sorpresa de Noemí fue inmensa cuando el oficial comenzó a encontrar objetos que ella no recordaba haber guardado en esos sobres cerrados. Un encendedor, un llavero, recortes de periódicos y lo que supuso que eran canicas blancas.

—Estos son los ojos del oso de felpa que encontramos en la escena del crimen. Los medios nunca tuvieron esta información —dijo y clavó sus ojos fríos y acusadores en los de ella—. Apenas se hizo público el caso, el señor Mesara nos informó que él había tenido un sueño casi idéntico a lo sucedido en el crimen. Verificamos su coartada. En ese momento había tenido un accidente y estaba internado, pero sospechaba que alguien de su entorno podía haber cometido el homicidio. No recordaba haberle contado ese sueño específicamente a usted en sus sesiones hasta el llamado de hoy. Noemí Cifuentes, queda usted bajo arresto.

Ella no entendía lo que estaba sucediendo. Tras un abrir y cerrar de ojos, se encontró en una habitación en la que nunca había estado antes. Detrás de un escritorio, un hombre con gafas la miraba pensativo.

—¿Dónde estoy? —preguntó con un hilo de voz, sin saber cómo había

llegado hasta allí.

El psiquiatra le dedicó una sonrisa afable a la aterrada mujer.

—¿Cómo quieres que te llame hoy? ¿Sigues siendo Marcos o tendré el placer de conocer a Noemí?

Dato curioso: la protagonista de esta historia es un personaje secundario en "Sin mi ayer", ¿ya la leyeron?

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 5

Cuento 3: Pasos en la noche

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/ltF00eoUCuk>

Los apresurados pasos de Lucas rompían el silencio de la noche. Su rostro estaba empapado por las lágrimas y de su labio inferior brotaba un hilillo de sangre escarlata. Su cuerpo entero se encontraba adolorido y maltratado y no estaba seguro de poder encontrar algún lugar en donde refugiarse del frío. No era la primera vez que su padre lo maltrataba, aunque nunca antes había huido después de la puesta del sol.

Con sus casi nueve años de edad, había aprendido a que era mejor salir a jugar al patio de su casa cuando sus progenitores comenzaban a beber de las botellas de vidrio que él tenía prohibido tocar. Sin embargo, aquella noche hacía demasiado frío y había optado por quedarse dentro de su casa. Ahora, lamentaba haber tomado esa decisión.

Los recuerdos se arremolinaban en su mente y le causaban una horrible opresión en el pecho. Volvió a ver un vaso de agua resbalando entre sus dedos, escuchó los gritos y el sonido del cristal haciéndose trizas contra el suelo. Sintió el dolor agudo del primer golpe contra su coronilla al que siguieron muchos más. No estaba seguro de cómo había podido escurrirse de las manos que lo sujetaban, pero una vez que encontró el camino hacia la calle, había sido fácil escaparse del monstruo que se apoderaba de su padre bajo los efectos del alcohol.

Sus pasos lo guiaron hasta el cementerio que rodeaba a la pequeña iglesia del pueblo. Aunque su familia no era religiosa, la perspectiva de dormir bajo techo esa noche resultaba tentadora. Se armó de valor y pasó corriendo entre las tumbas. Ya era bastante grande como para creer en fantasmas, pero la idea de un montón de cuerpos pudriéndose bajo la tierra lo espantaba.

Rompió a llorar desconsoladamente al encontrar cerradas con cadenas las puertas de la casa de Dios. Las golpeó en vano durante muchísimo tiempo y finalmente se quedó dormido hecho un ovillo en las escaleras de piedra de la iglesia. Cayó en un profundo sueño del que nunca volvería a despertar.

Los vecinos aseguran que por las noches frías aún se escuchan sus lamentos.

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 6

Cuento 4: Bruja

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/XkksfnswArQ>

Los sacerdotes de la Inquisición la buscaban. Era necesario que Carolina lograra escapar, no solo por lo que pudieran hacerle a ella, sino porque en su vientre llevaba el fruto de la vida.

Observó cómo la luz de la luna teñía de plata las ramas muertas de los árboles del bosque. En un claro, no muy lejos de donde se encontraba, podía ver un manto de nieve cubriendo la pradera, no podría cruzarlo sin quedar expuesta a las miradas de aquellos que la buscaban. Consideró que lo más prudente sería permanecer oculta e intentar descansar allí esa noche.

Su familia había sido una de las más adineradas del valle y su padre había sido un hombre sumamente culto, pero su bondad lo había llevado a volverse demasiado confiado. Para la iglesia y la corona, las mentes brillantes eran peligrosas y se encargaron de deshacerse de él. Su esposo, que fue discípulo de su padre, sufrió la misma suerte. Los dos hombres que había amado, pensó con pesar mientras una lágrima surcaba la piel pálida de su rostro.

Todos los conocimientos mágicos que poseía los había adquirido de su progenitor. Él presintió desde el primer momento, cuando vio llegar al nuevo obispo con su séquito al pueblo, que un velo de persecución y muerte secundaría sus pasos. Lamentablemente tenía razón. En poco tiempo, aquel hombre logró difundir sus ideas, atemorizando a la gente con el demonio y el infierno. Primero persiguió a los curanderos, luego a los videntes y finalmente a los pensadores. Ella se estremeció al darse cuenta de que pronto no quedaría nadie a quien perseguir, pues ya los habría asesinado a todos.

Su familia presentía que el poder oscuro estaba detrás de aquel supuesto siervo de Dios, pues el Creador no podía estar en contra de aquellos que salvaban vidas.

Su padrino, el fraile Bernardo, les había confesado que pronto se iría en una expedición hacia tierras recientemente descubiertas, pues había visto "algo que no debía ver". Lamentablemente, ellos pensaron que aún les quedaba algo de tiempo.

El hombre les había relatado que una noche había escuchado a los nuevos sacerdotes conversando en el cementerio de la iglesia. Habían dicho una oración que no pudo comprender y luego enterraron un paquete en una tumba. Aquello solo podía significar una cosa, magia negra dentro de la iglesia. No había otra explicación para el accionar cruel y diabólico de los nuevos enviados papales. Tenía las manos atadas, pues eran inquisidores los mismos que utilizaban la magia oscura. Por esa razón, había decidido advertirles y sugerirles que viajasen con él, para alejarse lo antes posible del manto de oscuridad que cubriría a España. Según él, la mano de Dios se ve en las obras de las personas con corazón noble, así como el demonio es delatado por sus actos.

El padre de Carolina había buscado su péndulo de cristal de roca e invocado con él al Espíritu Santo. Fue el fraile quien realizó la pregunta al péndulo, ¿esas personas perseguirían a los hechiceros y curanderos para que nadie pudiera usar las fuerzas sobrenaturales del lado del bien para oponerse a su poder? El péndulo giró y la respuesta fue afirmativa. Luego le preguntaron si ellos corrían peligro y nuevamente dio un sí como respuesta.

Aquellos recuerdos entristecieron a Carolina, pero no podía permitirse olvidar las voces de su pasado. Aunque no estuviesen más con ella, sus familiares habían sido quienes la habían convertido en quien era. Ellos pasaron a ser una parte suya y sentía que sus espíritus la impulsaban para que siguiera adelante.

Se quedó dormida envuelta en recuerdos del ayer y se prometió a sí misma que ella y su bebé tendrían un futuro. No sabía cómo ni cuándo, pero la pesadilla en la que estaba inmersa algún día terminaría.

Aunque no lo había buscado, se le presentó en sueños la silueta de su esposo. Una luz brillante y blanca distorsionaba su imagen, pero ella lo reconoció enseguida. Carolina no podía moverse ni articular palabra alguna y aunque hubiese dado todo por abrazarlo una vez más, tuvo que conformarse con escuchar su voz. Él le prometió que ella y la niña que llevaba en el vientre estarían bien y que alguien las ayudaría a llegar a un lugar seguro. Luego le indicó cómo llegar al punto de encuentro y ese camino quedó grabado como un mapa dentro de su mente.

Los primeros rayos del sol la despertaron. Sentía dolor en cada músculo de su cuerpo a causa del frío y de la mala postura. Afortunadamente, haber pasado la noche envuelta en su capa de piel de lobo había sido suficiente para evitar que se congelara.

Aunque era demasiado pronto y Carolina lo sabía, creyó sentir un movimiento en su vientre, al cual acarició con ternura. Las palabras de su marido en aquel sueño revelador la habían llenado de valor y habían

reavivado la llama de la esperanza en su interior.

Se puso de pie con cierta dificultad y comenzó a caminar haciendo el menor ruido posible. Sus perseguidores se habían rendido o la estaban buscando en algún otro sitio. Confiando en su sueño, decidió seguir el camino indicado. Cruzó el claro congelado y luego se dirigió hacia el Este.

Caminó durante horas sin detenerse en ningún momento. Cuando el sol ya se alzaba en lo alto, llegó a un sendero que la condujo a una cabaña. Llamó a la puerta completamente exhausta por el arduo camino que había recorrido.

No pudo evitar llorar de la emoción que sintió cuando su padrino abrió la puerta y la abrazó con fuerza. En los brazos del robusto fraile se sentía pequeña y protegida.

—Iba a partir al amanecer, pero mientras dormía, un ángel me pidió en sueños que esperase por ti y por la niña. Ahora tenemos que darnos prisa y embarcar lo antes posible. Nadie se atreverá a impedir que la ahijada de un enviado papal viaje a la nueva colonia.

Mientras el buque se alejaba del puerto, Carolina rompió a llorar nuevamente y su padrino le recordó que tendrían que inventar juntos un nuevo pasado para que ellas pudieran tener un futuro en las nuevas tierras. Todo estaría bien.

Dato curioso: la protagonista de esta historia es una antepasada de Tamara de "El poder oculto", ¿ya leyeron "El poder oculto"?

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 7

Cuento 5: La prisión de las sombras

AUDIOLIBRO: https://youtu.be/ijW-7_zYTZc

Los tenues rayos de la luna eran la única fuente de luz. Daiana temblaba de frío y de miedo, aferrándose con los dedos entumecidos a los barrotes helados de aquel lugar que, posiblemente, se había convertido en su tumba.

Daiana bajó la mirada. Había por lo menos cien metros hasta las olas negras de un tormentoso mar que rompían contra las rocas que formaban la base de la prisión en donde había despertado.

Si tan solo los barrotes no hubiesen estado tan juntos podría haberse deslizado entre ellos dejándose caer. Imaginó por un instante su cuerpo destrozado tras el impacto contra las irregulares rocas. Era una imagen perturbadora y posiblemente volver a morir no sería la solución para escapar de la muerte. Se dejó caer lentamente, apoyando su espalda contra la húmeda pared y abrazó sus piernas. Sintió cómo las lágrimas se le congelaban en las mejillas. Nunca en su vida había experimentado tanto frío.

Mientras más intentaba evadir sus recuerdos, estos se hacían cada vez más nítidos y se le imponían con fuerza, desterrando cualquier otro pensamiento de su mente. Aunque el intento de quitarse la vida para evadir sus problemas podría considerarse un acto completamente cobarde, había necesitado armarse de mucho valor para animarse a hacerlo.

Daiana había pasado sus doce años de vida deseando pasar inadvertida y de ese modo evitar los acosos y la crueldad de sus compañeros y al mismo tiempo había sido presa del profundo deseo de poder captar su atención e incluso de sentirse querida. Lo hubiera dado todo por ser aceptada y por convertirse así en juez en lugar de víctima.

Quizá si hubiera sido hermosa o por lo menos un poco más inteligente las cosas hubieran resultado diferentes para ella. Quizá si alguien la hubiera observado llegar a su casa llorando por enésima vez con el rostro empapado, no se hubiera encerrado en el baño durante horas buscando la forma menos dolorosa para ponerle fin a todo. Quizá no hubiera tomado demasiadas pastillas para dormir con la vana esperanza de desaparecer

para siempre.

Un lamento a lo lejos la sacó de aquella pesadilla que estaba recordando. El frío quemaba su piel y penetraba su cuerpo como miles de agujas de hielo. Ya no sentía el tacto en los dedos de los pies ni en los de las manos y cuando se movía dolorosos calambres en sus miembros le hacían volver a paralizarse. Aunque el frío era terrible, peores eran los recuerdos que volvían a su mente una y otra vez.

La puerta se abrió con un chirrido dejando entrar a un extraño ser envuelto en una capa de humo negro. Asumiendo que solo podía tratarse de la muerte misma, Daiana sintió cómo la tristeza y la desolación arrancaban de su pecho cualquier dejo de esperanza. Observó cómo la criatura levitaba hacia donde ella se encontraba hecha un ovillo en el suelo. Estaba cada vez más cerca. Aquel ser que no tenía facciones se acercó muy despacio a su aterrado rostro y unió el sitio en donde podría haber tenido los labios con los de ella.

La capa del color de la noche pareció devolverle la visión. En el suelo, una humana que le parecía vagamente familiar ya no respiraba y sus ojos estaban fijos en el techo. "Bienvenida", murmuraron las voces de sus nuevas hermanas dentro de su cabeza. De su interior emanaba frío, pero era una sensación agradable. No había nada por lo que preocuparse. Podía sentir el miedo cerca, la tristeza de cientos de personas que estaban allí solo para alimentarla a ella y a sus hermanas parcas.

Se deslizó a gran velocidad por los pasillos. Desde el interior de las celdas se filtraban hilillos de vitalidad. La inteligencia colectiva a la que pertenecía ahora estaba conformada por millones de almas que a su vez eran una sola, superior y omnipresente. Era la vida y la muerte al mismo tiempo. El presente y el futuro coexistían en su ser y hacían que se sintiera completamente plena.

Dato curioso: la primera versión de esta historia fue pensada como un fanfiction de "Harry Potter"

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

iNos leemos pronto!

Capítulo 8

Cuento 6: El embravecido mar

AUDIOLIBRO: https://youtu.be/gQQ_kZBBqqA

Aquellos momentos crepusculares, en los cuales entre ocres y amarillos el cielo comulga con el mar, siempre habían sido los preferidos del padre Marco. Casi todos los días disfrutaba caminar sobre aquella arena húmeda. La playa estaba casi desierta durante la temporada invernal. En el pueblo quedaban muy pocos habitantes y sus servicios sacerdotales eran cada vez menos solicitados.

La brisa helada y salina despeinaba sus cabellos y lo hacía sentirse en comunión con Dios. Por un momento creyó escuchar el canto de los ángeles, sin embargo, se convenció a sí mismo que no había sido más que el viento al pasar.

Caminaba con la mirada fija en el horizonte mientras las gaviotas levantaban vuelo a medida que él avanzaba abandonando los restos de moluscos.

La marea subía lentamente y poco a poco sus huellas eran cubiertas por espuma y sal.

Usualmente, Marco caminaba hasta el muelle de pescadores. Allí realizaba sus plegarias y emprendía su regreso antes de que apareciesen las primeras estrellas. Pero esa tarde algo inesperado se le presentó. Algo que cambiaría su destino para siempre.

Mientras se acercaba al muelle, le pareció que una joven se aferraba a los pilares más lejanos de la orilla. Las olas amenazaban con arrastrarla hacia el océano.

Buscó en el bolsillo su celular y llamó a la guardia costera. Una voz masculina que transmitía seguridad le comunicó que los rescatistas iban en camino y le advirtió que no intentara rescatarla porque podría convertirse en víctima de la corriente.

Marco no era buen nadador, sin embargo, corrió por el muelle hacia el lugar en donde se encontraba ella con la ilusión de que pudiese alcanzar su mano y de esa forma ponerla a salvo lo antes posible. Oró en silencio mientras iba a su encuentro.

La joven estaba desesperada. Las olas por momentos descubrían su torso desnudo y arremolinaban su largo cabello. Marco no entendía cómo alguien podía verse envuelta en esa situación. Era difícil que se tratase de una turista descuidada ya que en invierno los hoteles permanecían cerrados y los pocos pobladores que quedaban no arriesgarían sus vidas intentando nadar en un mar helado y agitado. Imaginó que quizás había sido víctima de un ataque o que podía haber intentado suicidarse. Lo único importante en ese momento era poder ayudarla antes de que fuese demasiado tarde.

Un escalofrío recorrió su cuerpo al imaginar que para cuando los rescatistas llegasen el mar se habría cobrado otra víctima. Dios no podía permitir que algo así sucediera y pensó que quizás lo habría colocado en el lugar justo en el momento preciso. Tenía que intentar sacarla del agua. Creyó que quizá se tratase de una prueba que Dios ponía en su camino.

Se recostó apoyando su pecho sobre la húmeda y helada madera. Intentó muchas veces hasta que con sus manos pudo tomar uno de los brazos de la joven. Comenzó a jalar de ella con todas sus fuerzas y no pudo evitar sonrojarse al ver sus sensuales senos saliendo del agua. Se avergonzó de sus deseos impuros y apartó la mirada.

—¿Qué pensará tu Dios de tus pensamientos? —dijo ella con una maligna sonrisa, jalando de sus manos y sumergiéndolo para siempre en el embravecido mar.

¿Les gustan los finales trágicos?

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 9

Cuento 7: Abismo

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/XGiNoNLo2F4>

Una parte de mí no quería que aquello sucediese. Di un pequeño paso y luego otro. Podía sentir el viento frío sobre mi rostro, como si intentase detenerme, como si a alguna parte del universo le importara. Pensé para mis adentros que era una tontería, no podía ser más que un juego de mi mente, no podía ser más que el miedo hablando.

Me mordí el labio y respiré profundamente. Me detuve en el borde y miré hacia abajo. Podía ver las copas cobrizas de los árboles de otoño muchos metros por debajo de donde me encontraba. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para evitar retroceder. Tratando de ignorar la sensación de vértigo que me oprimía el pecho, volví a mirar, esta vez me concentré en las personas. Eran demasiadas. Hubiera preferido que no hubiese nadie en los alrededores. Era algo que prefería hacer en soledad.

Allí abajo todos continuaban con sus vidas, todos parecían saber a dónde iban, ya sea caminando en soledad o acompañados por otros. Tenían la vista fija hacia adelante o bien la mirada perdida en sus celulares. Nadie reparó en mí.

Sentí una gota de sudor recorrer mi frente a pesar del frío que hacía y de que estaba temblando. Me acerqué un poco más. Mi corazón amenazaba con escaparse de mi pecho. Tenía la mitad de mis pies en el vacío. Un movimiento en falso y perdería el equilibrio. Mantuve esa posición durante unos largos segundos jugando con la idea de que fuese el destino quien balancease mi equilibrio.

No tardé mucho en descubrir que si no me movía me quedaría congelada en esa posición eternamente. Sin embargo, el tiempo seguía avanzando para los demás, la gente seguía caminando y yo, en el fondo, sabía que no podría quedarme así para siempre. Yo era la única que podía tomar la decisión. Solo yo podía dar el salto.

Un arrebató de osadía hizo que me inclinara hacia adelante. El suelo desapareció bajo mis pies y me precipité a toda velocidad hacia el pavimento. Comencé a gritar tan fuerte que dolía. El viento helado me hacía entrecerrar los ojos, pero pese al miedo que sentía me obligué a mantenerlos abiertos. A mi alrededor las cosas pasaban a gran velocidad.

No, era yo quien caía a una enorme velocidad.

El terror me ganó a último momento y cerré los ojos justo cuando estaba quizás a un metro del suelo. Mi corazón dio un salto. Sentí cómo mi cuerpo rebotaba en el aire y luego comencé oscilar. Abrí los ojos. Me sentía como un péndulo. Noté que algunas personas habían reparado en mí. Me sonrojé, quizás había gritado demasiado fuerte, pero era la primera vez que me arrojaba en salto bungee.

Dato curioso: jamás me subí a ese juego, pero creo que debe ser bastante aterrador.

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 10

Cuento 8: Fuego fatuo

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/EYqlvvYUppo>

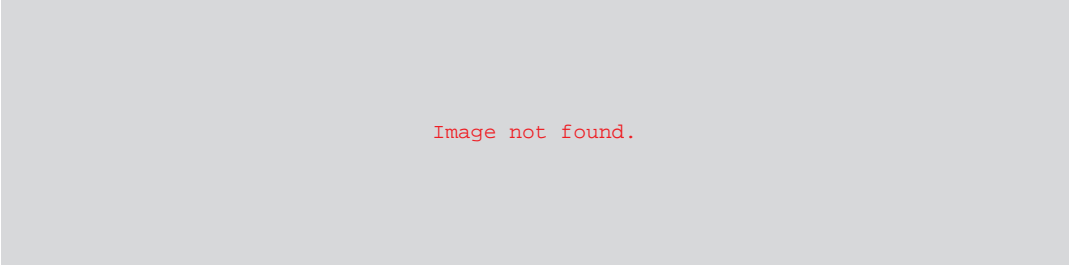


Image not found.

La lluvia borraba mis pasos mientras me alejaba corriendo lo más rápido posible en dirección al bosque, alejándome del lago, alejándome de aquella luz pálida. Me adentré en la espesura ignorando los rasguños que las ramas desnudas de los árboles me hacían en la piel y la lluvia helada que empañaba mis anteojos.

Corrí durante lo que me parecieron horas. Cuando ya no pude más, me detuve en busca de aire y solo entonces reparé en el ardor que sentía en la garganta y en los fuertes calambres que recorrían mis piernas. Un paneo rápido a mi alrededor fue suficiente para descubrir que me hallaba completamente perdido. Me había ganado el miedo y al huir no había tomado la precaución de seguir el sendero. Al menos estaba con vida, por ahora. Dudaba que Dustin y Alec corrieran con la misma suerte. La esfera luminosa que había salido del lago se los había tragado.

En mis dieciocho años de vida jamás había visto algo así y estoy seguro de que mis amigos tampoco. Tenía cierta semejanza a una medusa gigante, pero era más brillante, más letal. A pesar de mis súplicas, ellos habían corrido por el muelle para ver más de cerca la luz pálida que había emergido del centro del lago y comenzaba a levitar en nuestra dirección. Se movía cada vez más rápido. Me habían llamado cobarde, pero si no hubiera sido precavido, esa cosa también me hubiese absorbido.

En ese instante fui completamente consciente de lo que había sucedido. Se me hizo un nudo en la garganta y los ojos se me llenaron de lágrimas. Mis mejores amigos, mis únicos amigos en todo el mundo, se habían ido para siempre, habían sido devorados por aquel luminoso ser.

Abrumado por la pena, el miedo y el cansancio me dejé caer sobre la tierra húmeda apoyando mi espalda contra un árbol centenario. La lluvia menguaba poco a poco, pero la oscuridad y el frío me envolvían por

completo.

Me preguntaba cómo le diría a los padres de Dustin y a la madre de Alec lo que había ocurrido. Me preguntaba si saldría alguna vez del bosque para poder contarlo. Aunque las ideas que surcaban mi mente resultaban cada vez más pesimistas, me fui quedando dormido.

Soñé con mi muerte y con la de mis amigos y soñé con aquella esfera luminosa que me había quitado todo.

Una luz brillante sobre mis ojos hizo que me incorporara de un salto. Esperaba lo peor, pero estaba dispuesto a enfrentarme con uñas y dientes a esa cosa y a luchar por mi vida. Suspiré aliviado al notar que era la luz de una linterna. La policía me había encontrado.

Supuse que me darían una frazada y alguna bebida caliente antes de preguntarme qué había ocurrido. Seguramente, mis padres me estaban esperando en la carretera muy preocupados, al no saber de mí. Sin embargo, nada de eso sucedió. En vez de envolverme con una manta, me colocaron unas esposas heladas y me arrestaron por el cargo de asesinato doble. Habían encontrado los cuerpos de mis amigos en la orilla del lago junto a mi mochila y yo había huido.

Ni la policía, ni el juez, ni el jurado, ni la familia de mis amigos, ni siquiera la mía creyó nunca mi historia. Me dieron una condena de cuarenta años. Salí en veinte por buena conducta pero la padecí como si hubiese sido de ochenta. Aquel anochecer espectral perdí a mis amigos, a mi familia, mi libertad, mi juventud, toda mi vida por culpa de aquella luz.

Tras recuperar mi libertad, regresé muchas veces a aquella playa. Quería demostrarles a todos que mi historia era cierta, quería probarme a mí mismo que no me había vuelto loco, pero jamás la volví a ver.

Un anciano me contó una vez una leyenda que circulaba por la zona. Algunos la llamaban "luz mala", otros "fuego fatuo". Decían que aquello jamás aparece dos veces en un mismo sitio y que si alguien tiene la mala fortuna de encontrárselo, debe huir lo más rápido que pueda o no vivirá para contar la historia. Puedo dar fe de aquellas palabras. Aunque nunca pude estar seguro de si aquella leyenda probaba mi historia o fui yo mismo quien la comenzó.

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 11

Cuento 9: La luz de la razón

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/8Wd8LwoMDYY>

Cerró sus ojos mientras el agua helada caía sobre él trayendo consigo la dura realidad. Apoyó todo su peso sobre la pala que se hundió en la tierra húmeda y no pudo evitar que una lágrima rebelde se uniera con las cientos de gotas que caían desde el firmamento. Sintió que el cielo también lloraba como si estuviese acompañándolo.

Una vez que el pozo fue lo suficientemente profundo, arrojó en su interior todo aquello en lo que creía firmemente y que al mismo tiempo consistía en lo que podría llevarlo a la tumba. Quizá bajo tierra sus sueños sufrirían la misma suerte que ardiendo en las llamas de la hoguera, aun así, una parte suya aún conservaba las esperanzas de que alguna vez volvería a buscarlos.

Despedirse de los libros en los que había estado trabajando toda la vida le hacía sentir un gran vacío en el pecho y a la vez no era más que un pequeño anticipo de lo que sentiría en breve, cuando tuviera que abandonar a su familia. No tenía opción. Si quería vivir, tendría que huir, y si quería que ellos vivieran, no podía obligarlos a acompañarlo en un viaje sin destino en medio de un invierno implacable.

Aún no sabía cómo iba a decirle a Magdalena que no estaría cuando llegara al mundo su pequeño, que no podría enseñarle a leer a su hijo mayor y que quizá pasarían años hasta que pudiera volver a estrecharla entre sus brazos. Había estado posponiendo el momento de su partida con la vana esperanza de ver el nacimiento de su segundo hijo, pero la llegada de la Inquisición era inminente. Ya había visto la barbarie de los supuestos servidores de Dios que quemaban a los pensadores junto con sus obras.

Le rogó a Dios en silencio que lo ayudase en su camino, que cuidase a su familia y que el trozo de cuero con el que había cubierto sus escritos fuese protección suficiente para que perduraran en el tiempo resguardados debajo de la tierra. Pensó metafóricamente que estaba sembrando una semilla con la potencia de germinar si alguna vez alguien la encontraba.

Viviera uno o cien años más, su vida no era más que un pequeño instante en la eternidad del universo, pero quizá si lograba preservar aquel pequeño fragmento de la verdad que había visto, entonces esta se transmitiría a lo largo de generaciones, perfeccionándose poco a poco. Había presenciado en más de una ocasión las atrocidades de las que era

capaz la humanidad y aun así decidía creer en lo bello que podía llegar a ser el mundo.

Él estaba convencido de que todos tenían el derecho de aprender, de adquirir la capacidad de pensar por sí mismos y de obtener conocimientos que los llevarían a acercarse a la verdad universal. Le costaba entender por qué la razón y el entendimiento eran etiquetados como herejías. Casi no podía recordar aquellos momentos en donde su tierra había sido un lugar pacífico. Ahora, dos bandos que luchaban bajo el estandarte del mismo Dios habían arrasado pueblos enteros y perseguían a todos aquellos pensadores que intentaran traer un poco de luz entre tanta oscuridad.

Se aseguró de que el suelo bajo sus pies pareciera regular y a continuación realizó una pequeña marca con su daga en un árbol cercano. Había enterrado en diferentes puntos del bosque casi toda su obra. No era el mejor destino que podía imaginar para sus libros, mas, sin dudas era mejor suerte para ellos que caer en manos de la Santa Inquisición.

Estaba anocheciendo y era mejor que regresara a su casa antes de que Magdalena se preocupase. En aquellos días, cuando uno se despedía de alguien querido, no existía la certeza de que volvieran a encontrarse.

Se detuvo al llegar a los límites del bosque. Algo no estaba bien. A lo lejos se escuchaba el trote de una decena de caballos. Un escalofrío recorrió su cuerpo como si estuviese escuchando a los jinetes del Apocalipsis.

Permaneció inmóvil aferrando su pala y observando la escena detrás de un alto roble. Parecía estar inmerso en una pesadilla de la que no podía despertar. Una parte suya se negaba a creer que aquello sucediera, pero su parte racional estaba preparada para lo peor. Sabía que debía huir hacia el oeste. Allí a nadie le importaría su nombre. Consideraba que la mejor forma de transmitir ideas era ser maestro en lugar de mártir.

Se convenció a sí mismo de que Magdalena estaría más segura si él no regresaba. Su madre la ayudaría durante el parto. Además, habían ocultado dinero suficiente para que no pasasen hambre.

Rezó inmóvil durante lo que le pareció una eternidad. Hacía tiempo que había dejado de llover. De la tierra húmeda comenzó a surgir una densa neblina que fue ascendiendo por los árboles y lo envolvió como un manto blanco que lo hizo sentirse seguro y protegido para continuar su viaje.

Pensó que tenía que alejarse lo más pronto posible y por un momento por su mente cruzó la idea de que podría perderse en el bosque o caminar en círculos. Aunque era una perspectiva mejor que ser víctima de los inquisidores, temió por su vida. Como si se tratase de una señal de aliento y esperanza, la luz de la luna se abrió paso entre la niebla para guiarlo en

su camino. Sintió que tenía la misión de llevar la luz de la razón a otros hombres y mujeres para que, al igual que él, pudiesen ver el camino para salir de la oscuridad.

Dato curioso: esta obra está inspirada en la vida de Juan Amos Comenio, el padre de la didáctica y nombre del profesorado en el que estudio.

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 12

Cuento 10: Secuestro

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/2GAPKsnHtf8>

Aquel lunes de mayo, la niebla se deslizaba por las calles de la ciudad como una helada alma en pena y empañaba las gafas de baquelita de Alberto. No valía la pena sacar las manos entumecidas de los bolsillos con el único fin de ganar un poco de visibilidad.

Los treinta años que Alberto llevaba trabajando en la estación de servicio habían sido tan solitarios y rutinarios como su vida misma. Se había acostumbrado o más bien resignado a regresar a su casa antes de las seis de la mañana.

Antaño había soñado con hacer una carrera y formar una familia. Hoy en día se contentaba con una sopa caliente al amanecer y una mañana de sueño profundo. Con eso iba fantaseando hasta que el sonido de las ruedas de un auto frenando sobre el pavimento húmedo lo hizo detenerse en la esquina por la que acababa de doblar.

A cien metros de donde se encontraba, un vehículo del color del musgo se detuvo por completo y de él bajaron dos personas que no se molestaron en cerrar la puerta trasera. Algo en ellas hizo que los vellos de su nuca se erizaran. En ese momento reparó en que había alguien más en la vereda que, al igual que él, se había quedado petrificado.

Entrecerró los ojos para observar lo que estaba sucediendo. Nunca, en sus casi sesenta años de vida, había sido testigo de algo semejante. Los hombres del auto estaban forcejeando con la persona que estaba en la vereda e intentaban arrastrarla hacia el interior del coche.

Estaba siendo testigo de un secuestro. Tenía que salir de allí cuanto antes, pero sus piernas no respondieron a la orden de su cerebro. Antes de que el pobre hombre desapareciera en la parte trasera del vehículo, clavó sus ojos en el rostro de Alberto. No había dicho palabra alguna y a pesar de no poder distinguirlo bien a causa de la niebla y la distancia, estaba claro que esperaba que lo ayudase.

Uno de los secuestradores no había ingresado al auto y se había vuelto de repente deteniendo su mirada en Alberto, quien giró y comenzó a correr tan rápido como sus piernas se lo permitieron. Dobló un montón de esquinas y cruzó numerosas calles sin mirar por dónde iba. Parecía que su corazón iba a escapar de su pecho y solo se detuvo cuando las luces del

amanecer lo hicieron reparar en que había estado corriendo durante muchísimo tiempo.

Regresó a su casa sin decirle a nadie lo que había visto. Su forma de ser había terminado por apartar a todos aquellos que podrían haberlo querido y el resto habían fallecido hacía tiempo, pero aunque hubiese tenido a alguien, consideraba que no podía ser una buena idea comentar lo que había visto.

Esa mañana no pudo dormir y tampoco descansó bien el resto de la semana. Solo salía para ir a trabajar y lo hacía por caminos alternativos, aunque eso implicara caminar algunas cuadras de más. El fin de semana también se quedó encerrado en su casa y solo fue al almacén de la esquina en una ocasión para abastecer su heladera.

El lunes cuando Alberto salió del trabajo se convenció de que era iluso por su parte continuar asustándose cada vez que escuchaba la frenada de un auto, en especial trabajando en una estación de servicio. Se armó de valor al final de su turno y optó por volver a su casa siguiendo el camino que hacía habitualmente antes de aquel suceso inesperado.

Hacía frío y la ciudad volvía a estar envuelta por una densa niebla blanca. Se detuvo tan solo por un segundo para buscar en su bolsillo el trozo de franela naranja que utilizaba a menudo para limpiar sus gafas y no fue capaz de reaccionar cuando el auto que lo había estado aterrizando en su memoria se detuvo a apenas unos pasos del lugar en donde se encontraba.

Dos personas bajaron a toda prisa y lo aferraron con fuerza por los codos. Intentó resistirse, pero eran demasiado fuertes y lo arrastraron por el aire como si no pesara más que un niño.

Apenas pudo ver cómo el cristal de sus gafas se fragmentaba al encontrarse con el suelo. Miró a su borroso entorno desesperado y pudo distinguir a alguien observándolo desde la esquina. Le rogó al desconocido con los ojos y las mejillas llenas de lágrimas, pero era demasiado tarde. La puerta trasera se cerró después de que lo arrojaron al interior y en ese momento la voz de uno de sus captores mencionó que había alguien observando en la esquina.

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 13

Cuento 11: Paladín

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/qsMszLbc8JQ>

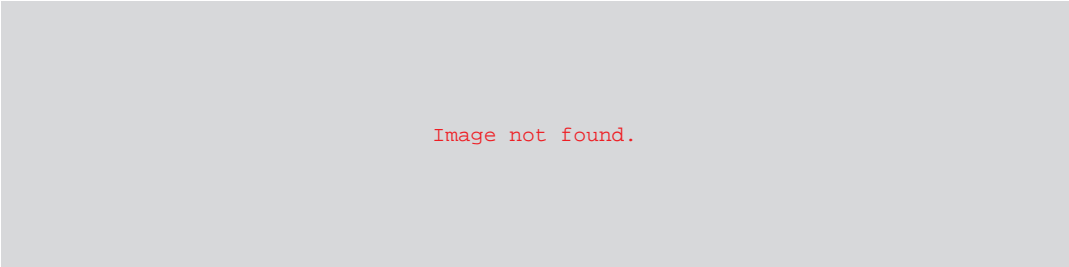


Image not found.

Enfundó su espada con un ágil movimiento y continuó su camino por el pedregoso sendero. Su porte era esbelto y fuerte, su semblante frío e inmutable y su armadura lucía tan resplandeciente como la primera vez que la había usado.

Corrían tiempos oscuros y peligrosos, pero él no sentía miedo, su destino había sido escrito incluso antes de que el mundo fuese creado. Cada paso que daba, cada estocada que lanzaba, todo en su pequeña y servil existencia estaba siendo controlado por un ser superior al que sentía real. Era incluso más real que su propia vida. Aquella insulsa y patética vida que se repetía una y otra vez.

En el mejor de los casos podía aspirar a una victoria vacía que lo catapultaría por enésima vez al principio de los tiempos. En el peor, a una dolorosa muerte que lo llevaría al mismo lugar y así permanecería atrapado en un ciclo infinito hasta que un videojuego mejor lo sumerja en el olvido.

¿Juegan videojuegos?

¿Qué tipo de juegos prefieren?

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

iNos leemos pronto!

Capítulo 14

Cuento 12: Cacería feroz

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/mD1UxCHzXk0>

Mi corazón latía a toda velocidad y amenazaba con escaparse de mi pecho. La gente a mi alrededor tropezaba y se empujaba intentando salir de allí lo más rápido posible. El miedo se apoderaba de todos los presentes y nos hacía olvidar cualquier pizca de solidaridad que en circunstancias normales podría haber aparecido ante la escena de los caídos en el pavimento. Aparté la vista con cierto remordimiento al pasar corriendo tan rápido como mis cansadas piernas me lo permitían junto a una pobre mujer que estaba siendo prácticamente aplastada por la aterrada multitud.

La calle entera se había convertido en un auténtico caos. Un choque en cadena había dejado como consecuencia un mar de cristales rotos y una decena de heridos, los conductores que conservaban la conciencia habían abandonado sus vehículos y se unían ahora a la marea de personas que intentábamos sobrevivir.

Tomé valor y miré sobre mi hombro derecho. Tenía que darme prisa, ya no era el joven que solía ser y todos me habían sobrepasado desperdigándose en distintas direcciones, llorando y gritando con auténtico terror. No recordaba haber presenciado nada semejante hasta el momento y mucho menos sentirme tan asustado.

No sabía exactamente a qué clase de peligro estaba a punto de enfrentarme, pero nada que provocase esa reacción entre la multitud podía ser bueno. Jamás podría olvidar aquellas expresiones surcadas por el miedo de quien está a punto de enfrentarse cara a cara con el peligro inminente.

No saber qué era exactamente lo que estaba sucediendo hacía que me sintiera cada vez más desesperado, especialmente porque ya todos estaban por lo menos a una cuadra de distancia y me habían abandonado a mi merced. Me detuve exhausto y mis ojos se llenaron de lágrimas. Sabía que mi fin estaba cerca y que nadie se detendría a ayudar a un pobre anciano como yo.

Me preparé para enfrentarme con mis peores temores y aunque lo que vi no fue exactamente lo que había estado esperando, fue bastante duro. Me

sobresalté en un primer instante, cuando giré sobre mis pasos, pero enseguida reconocí mi imagen en el escaparate de un negocio. Hecho un mar de lágrimas y con más arrugas de las que recordaba, mis ojos me miraron avergonzados desde el reflejo, otra vez había olvidado mi esencia y lo que había ido a hacer al mundo de los humanos. Desplegué mis enormes alas negras y con una agilidad de la que podía estar orgulloso a mi edad, me dispuse a continuar con mi cacería.

Dato curioso: cuando se me ocurrió la idea para esta historia me parecía muy graciosa y tardé varios meses en sentarme a escribirla.

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 15

Cuento 13: Mi encuentro con la oscuridad

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/5T2VbqZ-IRg>

Lo que voy a contar en estas páginas es algo que me sucedió hace ya casi una década. Aunque parezca irreal, ilógico y hasta el día de hoy no le encuentro una explicación racional, fui protagonista de un suceso que aún me hace sentir incómoda, como si corriese por mi espalda un trozo de hielo.

Antes de comenzar a narrar lo sucedido esa fría noche de julio, creo que debería mencionar mi nombre, soy Alejandra. Lo acontecido ocurrió cuando tenía 15 años y estaba estudiando en la escuela técnica de química. Quizá piensen que miento o que se trató de una alucinación. Creo conveniente aclarar que no estaba sola y que mi mamá me acompañaba. Ella fue testigo de aquel hecho.

Quizá también es justo que confiese que esa no fue la primera vez que me pasó algo fuera de lo común y que incluso me gustaba jugar un poco con lo desconocido. Ya había escrito mi primera novela, lo cual me había otorgado cierto halo de misterio entre mis conocidos. Tenía un grupo de amigos de la escuela con los que compartía los mismos intereses. Creo que el hecho de que ellos estuvieran en quinto año y yo en tercero hacía que me parecieran incluso más sensacionales.

Me habían regalado una tabla Ouija de madera y habíamos conseguido hacer que se moviese varias veces. Era genial, pero eso no es lo extraño, pues aunque todos decíamos que creíamos en que un fantasma la movía, la incertidumbre de si era uno de nosotros el que lo hacía, consciente o inconscientemente, siempre estaba presente.

Un día, uno de los chicos me la pidió prestada porque tenía una fiesta de cumpleaños en la casa de una de sus amigas a quien yo no conocía. No pude negarme y se la presté. En el instante en que se la di, tuve un mal presentimiento.

A la semana siguiente, me encontraba chateando, en ese momento estaba de moda el MSN. Recibí una solicitud de amistad de una gótica que resultó ser la chica del cumpleaños, obviamente acepté y nos pusimos a conversar. La oscuridad y la magia tenían cierta seducción para mí. Después de unos minutos, me confesó ser una bruja y se ganó mi total

atención.

Ella me dijo que tenía visiones y que me había visto a mí y también mi casa. Describió el jardín con bastantes detalles y también las escaleras. Yo lo atribuí a que conocía a mi amigo y seguramente él le había descrito el lugar. De todas formas, fingí creerle. Me gustaba escribir y quizás algún día podría sacar provecho de sus palabras.

Es extraño, recuerdo lo sucedido después con lujo de detalles. Sin embargo, y por más que intente recordar, su nombre se borró de mi memoria.

Me habló de sus sueños premonitorios y me dijo que podía controlar fuerzas ocultas. Debo confesar que pensé que me estaba tomando el pelo y creo que se dio cuenta de ello. Me aseguró que me demostraría su poder. Me propuso que justo a la medianoche me sentase frente al televisor apagado y de esa forma yo comprendería de lo que era capaz. Obviamente, acepté.

Al caer la noche le conté a mi mamá lo que me habían propuesto. Ella, con el escepticismo de quienes se dedican a las ciencias duras, se mostró curiosa y divertida a la vez y se apuntó voluntariamente a participar de la experiencia.

A la hora acordada, mientras los demás dormían, nos sentamos frente al televisor. Con las luces apagadas y el monitor de la computadora encendido en el lado opuesto de la habitación, esperé con ansiedad a que algo sucediese.

No creía realmente que algo fuese a ocurrir. Quizá me había sugestionado un poco y me sentía algo inquieta. Tal vez se debía a la tenue oscuridad que convertía en siluetas sombrías los muebles de la habitación o que el viento movía las ramas del árbol que desnudas acariciaban los ventanales, pero mi corazón estaba acelerado. Agradecía que mi madre estuviese a mi lado en el sillón.

Observé nuestros reflejos en la pantalla oscura. Detrás podía ver la escalera que llevaba a la terraza y la mortecina luz de la luna llena tras la ventana del descanso. Las nubes la cubrían por momentos y atenuaban su brillo.

Justo a las doce de la noche algo se movió en la pantalla. Entrecerré mis ojos y agudicé la vista. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Una sombra negra surgió sobre los escalones. Al principio era difusa, pero poco a poco fue cobrando nitidez. A mi lado, mi madre se sobresaltó y miró hacia atrás. La imité, pero no vimos nada. Volví mi mirada nuevamente hacia la pantalla y allí estaba la sombra, más nítida y más grande que antes. Se acercaba lentamente hacia nosotras. Era una

sombra maligna, lo podía sentir. Estaba envuelta en penumbras y, aunque solo podía verla a través del reflejo, sabía que estaba a punto de alcanzarnos. Sus intenciones no podían ser buenas.

Mi mamá se sobresaltó y me dijo que le diga a quien la había enviado que hiciera que esa cosa se fuera. Corrí hacia la computadora sin pensarlo demasiado. Le pedí que se detenga. La bruja me explicó que podía desprenderse de su sombra y enviarla a donde quisiera. Sus palabras denotaban la arrogancia de quienes poseen el poder. Le supliqué que se detuviese y que no nos hiciera daño.

Me dijo que no me convenía confiar en extraños y mucho menos jugar con fuerzas oscuras. Casi instantáneamente, me eliminó de sus contactos, llevándose consigo su sombra.

Desde ese día, me gusta tener encendido el televisor e intento mantenerme más o menos alejada de la oscuridad.

Dato curioso: esta historia está inspirada en hechos reales

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 16

Cuento 14: Por última vez

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/qeOcPzxCP0Y>

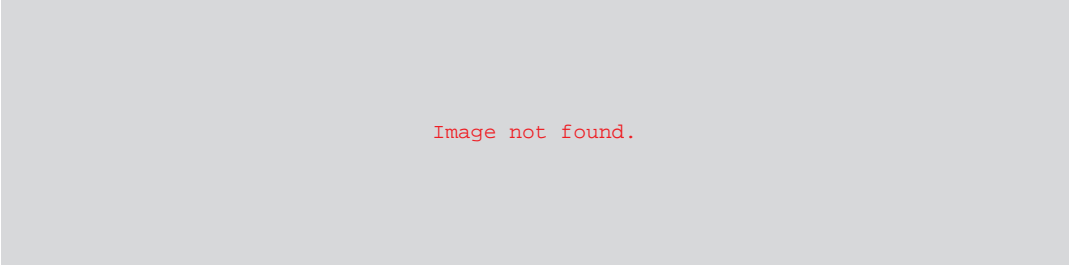


Image not found.

La última vez que Darlan y Milesa recorrieron juntos las calles de su pueblo, habían confirmado sus peores temores. Las señales estaban claras, todos los locales se encontraban cerrados y a oscuras y los pocos transeúntes que circulaban por la avenida lo hacían con prisa y miradas vacías o aterradas. Lógicamente no había ningún auto, al menos no en movimiento, debido a que era muy raro encontrar cualquier medio de transporte en Parshidia, pues el petróleo, el bien más codiciado del mundo, se reservaba a las grandes potencias mundiales.

Antaño, el Principado Independiente de Parshidia podría haber sido considerado un territorio pacífico. Lamentablemente, los tiempos habían cambiado.

Darlan apretó la mano de su prometida, pues aunque siempre se había considerado una persona valiente, quizás eso se debía a que nunca se había visto obligado a hacer algo peligroso o fuera de lo común.

El muchacho miró por costumbre el proyector holográfico que llevaba en la muñeca, pero era inútil, habían lanzado como consecuencia de la incipiente guerra civil una señal electromagnética que impedía el acceso a la Red de Información Global desde hacía casi 48 horas. Jamás, en sus veinte años de vida, Darlan se había sentido tan incomunicado. Había habido apagones antes, aunque nunca duraron más que unos pocos minutos.

A unos metros de donde se encontraba la joven pareja, la figura de un anciano comenzó a tornarse borrosa, aunque aquel hombre continuó andando como si nada hubiera cambiado. Milesa sollozaba, pero tampoco se detuvo. No había ninguna diferencia entre un holohumano y una persona "real", salvo por el hecho de que estos últimos requerían de la energía que les proporcionaba su proyector. Los hombros de Darlan se tensaron y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Si el bloqueo

electromagnético de las señales no terminaba, pronto quizás más de la mitad de las personas que había conocido dejarían de existir.

Todas las personas en el mundo tenían un proyector holográfico que era insertado en su muñeca derecha el día de su nacimiento y ninguno en su sano juicio imaginaría siquiera quitárselo, sin contar a los fanáticos conservadores que se lo arrancaban a sí mismos para demostrar la supremacía de su humanidad. Ellos también consideraban quimeras indeseables a los holohumanos y no faltaban nunca algunos de estos fanáticos que predicaran en las plazas en contra del poder de la tecnología.

Los ojos fríos del líder de la facción conservadora más violenta parecían observarlo todo desde mil ojos presentes en las pancartas que cubrían la mayor parte de los escaparates de los negocios. No era necesario volver a leer la leyenda que surcaba el rostro que atormentaba los sueños de más de una persona. Darlan había escuchado aquella repugnante frase cargada de odio un millar de veces: "El comienzo de la pura humanidad está cerca, las quimeras por fin se apagarán".

Darlan no estaba obsesionado con la tecnología como aquellos que pasaban la mayor parte de su tiempo en la realidad virtual, pero tampoco entendía a los conservadores que odiaban a los holohumanos, pues sin el trabajo que proporcionaban las pocas personas que habían logrado sobrevivir a la Gran Guerra, no habrían logrado subsistir. Darlan siempre había tratado a todos por igual, sin importar quién fuera el creador de cada uno, consideraba que todo el mundo tenía derecho a vivir. Además, aunque lo hubiera deseado, no hubiera sabido reconocer la diferencia entre las clases de personas y a pesar de que muchos fanáticos con el ojo entrenado afirmaban que las diferencias estaban claras, Darlan no creía que fueran más que puras fanfarronerías.

Antes de que los padres de Darlan nacieran y después de la Gran Guerra, la radiación casi había extinguido a muchas especies y por poco había arrasado con la humanidad.

Cuando era pequeño, su madre le había contado que cuando una pareja estaba lista para procrear, depositaban sus células reproductivas en el correo genético de algún hospital y luego se realizaba una inseminación in vitro para asegurarse de que la población no se viera contaminada con defectos genéticos. Se sabía que en muchas ocasiones cuando la fecundación biológica no se llevaba a cabo, se le implantaba a la madre un embrión holohumano y para evitar cualquier tipo de discriminaciones se protegía la identidad de estos niños creados artificialmente cuya vida, al igual que la de cualquier otra persona, podía ser de casi un siglo, siempre y cuando tuviera costumbres saludables y no olvidara cargar su proyector. Claro estaba que, al igual que ellos, los demás lo hacían para permanecer

siempre conectados a la Red de Información Global.

Sin energía, la mitad o quizás más de la población desaparecería para siempre. Era imposible distinguir el porcentaje exacto de holohumanos. El muchacho pensó en sus amigos, en su familia y en toda la gente a la que había conocido alguna vez mientras un nudo de desesperanza se formaba en su garganta.

Ir a una manifestación a la Plaza Central para pedir que liberaran la señal satelital parecía poca cosa comparado con la magnitud de lo que estaban viviendo en ese momento. Aunque siempre había sido pacífico, no quedaban demasiadas opciones. Él realmente deseaba que de alguna manera el bloqueo desapareciera de una vez y para siempre. No era una persona fuerte y definitivamente no se sentía listo para perder a nadie. Quizás y solo quizás, si sumaba su voz a la voz del pueblo y todos juntos exigían que las cosas volvieran a ser como antes, conseguirían que alguien los escuchara y lograra despertarlos de lo que parecía ser un mal sueño.

Poco a poco, el cielo se teñía de un naranja aterrador, era la primera vez que observaba un atardecer sin estar recostado en la comodidad y seguridad de su habitación recibiendo la cálida y agradable sensación que producía conectar su proyector a la corriente eléctrica.

Parecía que su corazón estaba a punto de salirse de su pecho. Él y Milesa habían comenzado a correr tomados de la mano, aunque Darlan no recordaba exactamente en qué momento se había iniciado esta carrera. Su garganta le ardía en cada jadeo y las ideas se arremolinaban en su mente y lo mantenían embotado.

La joven pareja se detuvo a pocas cuerdas de la Plaza Central, cuando el tumulto de manifestantes y de personas asustadas, algunas nítidas y otras borrosas que desaparecían poco a poco, hicieron imposible que pudieran seguir avanzando,. Darlan volteó su mirada y con horror descubrió el bello contorno del rostro de Milesa esfumándose ante sus ojos que se nublaron a causa de las lágrimas. Jamás hubiera imaginado que la mujer con quien quería pasar el resto de su vida fuera una holohumana. Eso no cambiaba lo que sentía por ella. La quería como nunca más iba a querer a nadie.

Darlan alzó su propia mano, cuyo contorno se perdía y se esfumaba con el aire al igual que el rostro de la muchacha, y acarició su etérea mejilla juntando sus labios con los de ella. Era tan real como la primera vez que la había besado y aunque ambos se desvanecían aún sentía el calor de su aliento y la suavidad de su piel bajo sus ya casi invisibles dedos. Los enamorados se esfumaron con los últimos rayos del sol en aquel beso eterno. Darlan ya no tenía miedo, estaba con Milesa y su amor viviría por

siempre en la Red de Inteligencia Universal.

Dato curioso: cuando terminé "El poder oculto", tuve un bloqueo creativo de varios años y este cuento fue el primero de muchos. Con él volví a escribir.

¿Alguna vez tuvieron un bloqueo del escritor?

¿Cómo lo superaron?

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 17

Cuento 15: Suceso inesperado

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/oM6V0BUaQ7A>



Image not found.

El timbre resonó en todo el salón indicando el final de aquella tediosa jornada escolar. Damián se apresuró a guardar sus útiles y se echó la mochila al hombro con destreza. En general, le gustaba el colegio, sin embargo había algo en la voz de su anciano profesor de Historia que hacía que las horas parecieran eternas. Era imposible evitar entrecerrar los ojos por el peso del aburrimiento.

Aguardó de pie unos segundos hasta que los estudiantes terminaron de dispersarse hacia la salida. Nunca había tenido muchos amigos. Su relación con los demás era más bien formal y por elección propia, solía pasar los recreos leyendo en algún banco del patio.

Una vez en la calle, saludó con un gesto a un grupo de conocidos y se dispuso a hacer el recorrido que realizaba de lunes a viernes. Se preguntó en qué momento se había vuelto tan rutinaria su vida y como si lo hubiese invocado con sus pensamientos, algo completamente inesperado aconteció.

Un hombre de mediana edad cruzó la calle esquivando algunos coches que se habían detenido sobre la línea peatonal en el semáforo. Algo en su rostro le resultaba familiar, aunque no recordaba exactamente dónde lo había visto antes.

—¿Eres Damián Arias? —preguntó el hombre deteniéndose a unos pasos de él.

Él asintió con la cabeza preguntándose quién era aquella persona y cómo

podía conocer su nombre.

—Soy Guillermo y creo que podría ser tu padre —agregó mordiéndose levemente el labio inferior, un gesto que Damián también solía hacer cuando se sentía incómodo o estaba nervioso.

Él nunca había conocido a su progenitor y su madre siempre se había mostrado evasiva con ese tema. Estaba completamente paralizado y en su mente se arremolinaban un centenar de preguntas que no se atrevió a formular en voz alta. ¿Ese hombre sería su verdadero padre? ¿Por qué habría esperado tanto para conocerlo? ¿Por qué lo habría abandonado? ¿Por qué su madre nunca habló de él?

—Tu madre me dejó cuando estaba embarazada. En ese momento éramos jóvenes y yo no tenía trabajo. Supongo que pensó que yo no sería más que una carga para ella. La llamé unos meses después, pero me dijo que habías muerto y que no volviera a llamar. Lamentablemente, no dudé de su palabra. Hace algunas semanas la busqué en Facebook como "Lucía Arias" y fue entonces cuando vi tus fotos y descubrí que estabas vivo. Gracias al uniforme pude averiguar a qué escuela ibas y he estado buscando el momento adecuado para poder conocerte —dijo. Hablaba rápidamente con la mirada fija en sus zapatos de gamuza.

—Lucía es mi madre —confirmó, intentando buscar similitudes en el rostro de quien supuestamente era su padre. Tenía los ojos color avellana y el cabello castaño desordenado igual que él, pero Damián había heredado las facciones de su madre.

—¿Me permites invitarte a tomar un refresco? Serán solo unos minutos, para que podamos conocernos un poco. Lucía no tiene por qué saberlo —agregó Guillermo con una sonrisa tímida en los labios.

—Claro —respondió Damián, que nunca había sido muy expresivo, pero en ese momento deseaba poder encontrar las palabras adecuadas. Realmente quería saber todo lo posible acerca de su padre. ¿Cuál era su apellido? ¿A qué se dedicaba? ¿Tenía otra familia? Pero, la emoción y el temor a lo desconocido lo invadían por completo y no lo dejaban pensar con claridad. Aunque muchas veces había imaginado un encuentro con él, lo había tomado por sorpresa y una parte suya quería salir corriendo. Además, estaba furioso con su madre, quien lo había privado de poder tener una familia normal como la de muchos de sus compañeros.

Padre e hijo comenzaron a caminar, uno junto al otro, por primera vez en sus vidas. Damián se preguntaba cómo sería tener un padre. Quizás podrían seguir viéndose a escondidas de Lucía cada día después de la escuela.

—¿Cuál sería mi apellido si...? ¿Cómo es tu apellido? —preguntó finalmente llenándose de valor.

—Te hubieras llamado Damián Pérez —respondió colocando una mano en el hombro de su hijo —. ¿Quieres que tomemos algo aquí? —señaló una pequeña cafetería casi vacía.

Damián asintió con la cabeza y ambos se sentaron en una de las mesas con sombrillas verdes ubicadas sobre la vereda. Un momento después, estaban bebiendo jugo de naranja y hablando como si se conociesen de toda la vida. Guillermo le contó que era soltero, que se había graduado de abogado y que vivía con su perro en un bonito apartamento en el centro, pero más que nada se interesó por saber sobre su Lucía y sobre él. Le preguntó acerca del colegio, de sus aficiones, de sus amistades y sobre cada pequeño detalle de su vida.

Siempre había sido tímido y le costaba trabajo hablar con las personas, pero su padre se había ganado su confianza y parecía fascinado con todo lo que él le decía. Por primera vez en su vida se sentía cómodo siendo el centro de atención. Ni siquiera le había molestado cuando el hombre había comenzado a tomarle fotos con su celular. Usualmente a Damián no le gustaba salir en fotografías, pero era el momento más importante de sus vidas y los adultos tendían a querer inmortalizar ese tipo de situaciones.

Después de media hora, Guillermo consideró que era mejor que Damián regresara a su casa para que Lucía no se preocupase. Se despidieron con un emotivo abrazo y la promesa de volver a verse al día siguiente.

Mientras regresaba caminando en soledad, se reprochó a sí mismo que no hubiesen intercambiado sus números telefónicos. Cuando tomó el celular de la mochila suspiró con fastidio al descubrir que tenía quince llamadas perdidas de su madre. Solo se había retrasado media hora. Cómo es que aún no se había dado cuenta de que ya no era un niño y de que tenía derecho a tener una vida social.

Al abrir la puerta de entrada, Lucía se abalanzó a sus brazos llorando. Damián no podía creer lo melodramática que podía llegar a ser su madre.

—¿Estás bien? ¿Te lastimaron? —preguntó ella separándose entre sollozos y pasándose la mano por sus mejillas coloradas —. Dejé los treinta mil pesos en el contenedor de basura, como me dijeron.

—¿Qué? —Damián estaba atónito y no entendía de qué estaba hablando.

—Sí, cuando me mandaron el primer mensaje los secuestradores pensé que se trataba de una broma de mal gusto, pero cuando me mandaron las fotografías con la fecha de hoy casi me muero. Tomé todo el dinero que tenía en casa y las joyas y lo dejé todo en el contenedor de basura. No

sabía si sería suficiente. Cuando me dijeron que te habían liberado, todavía no respondías a mis llamados, así que no sabía si avisar a la policía o no, porque me amenazaron con matarte si le decía a alguien —. Lucía, volvió a abrazar a su hijo.

—Pero, yo estaba con mi papá —dijo apenas con un hilo de voz, sintiéndose engañado y vacío por dentro.

—¿De qué estás hablando Damy? Cuando yo decidí tenerte, no tenía pareja, así que recurrí a una clínica de inseminación. No te lo dije antes porque eras chico y no lo ibas a entender.

Una lágrima solitaria se deslizó por el rostro de Damián. Cerró los ojos fuertemente conteniendo la rabia y la decepción que sentía en su interior.

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 18

Cuento 16: Sin un adiós

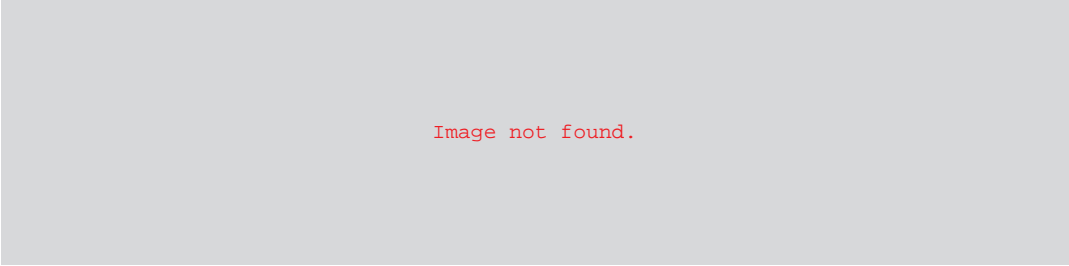


Image not found.

Marcos nos había contado aquella historia un centenar de veces. Aún me parece escuchar su voz como si estuviese conmigo en este momento, como si nunca se hubiera ido. Había sido necesario el Apocalipsis o por lo menos aquello que pensamos que era el fin del mundo para que descubriese el amor de Gabriela.

Observo a Sara alejarse junto a su madre. Me saluda con la mano en la que sostiene el trompo. Ya no quedan demasiados niños, pero creo que la humanidad todavía tiene esperanzas. Supongo que por ellos es necesario contar lo que sucedió, para evitar que algo así ocurra nuevamente. Nuestra historia no puede ser olvidada. Los sacrificios no fueron en vano.

Catalogarnos como héroes sería exagerar demasiado, sin embargo, debo reconocer que resistimos lo mejor que pudimos. No me enorgullezco de todos nuestros actos, pero lo cierto es que hicimos lo que estaba a nuestro alcance. Incluso cuando pensamos que todo estaba perdido, resistimos hasta el final.

Me siento junto a su tumba e imagino que ella está aquí, a mi lado. Casi puedo sentirla acurrucándose en mi pecho. Podrá parecer una locura, pero evocar en mi mente a quienes amé y ya no están conmigo, me ayuda a seguir adelante.

No busco que sientan pena por mí. Estoy seguro de que si son supervivientes y están leyendo esto, también ustedes cargan con una historia trágica y deben haber dejado atrás a muchos seres amados. Pero si son como Sara, los hijos de una generación que estuvo a punto de desaparecer, entonces solo podrán aproximarse a la idea de lo que es la verdadera desolación.

Todo sucedió demasiado rápido. Nunca se puede estar preparado para algo así, pero hubiese deseado poder despedirme por lo menos de mis

abuelos. Es imposible cambiar el pasado, pero ese día había salido con prisa de casa y no me había sentado a desayunar con ellos como solía hacerlo.

Espero que mis abuelos hayan podido pasar un agradable tiempo conversando. Me gusta imaginar que fueron felices hasta el último aliento exhalado por sus labios. Ojalá que no hayan desperdiciado aquellos instantes antes del final preocupados por nimiedades de la hipoteca o del trabajo. Espero que hayan partido en compañía del amor que se tenían, juntos como estuvieron más de la mitad de sus vidas.

Aquella mañana en la que no me despedí de mis abuelos, después de la fugaz conversación que tuve con Eduardo, fue cuando todo comenzó. Reinaba el silencio como si todas las personas de la Tierra contuvieran la respiración y aguzaran el oído para estar atentos a lo que se aproximaba.

Me quedé inmóvil, incapaz de apartar la vista del cielo que había pasado de un azul radiante al color del miedo. Miles de estrellas fugaces parecían herir el firmamento con líneas de sangre. Una lluvia de meteoros en plena ciudad de por sí no era bueno, pero lamentablemente se trataba de algo mucho peor. Claro que en ese momento yo no lo sabía y aun así el terror nubló mi mente y se apoderó de mis sentidos.

Desesperado, escuché un terrible estruendo que hizo vibrar el pavimento. Miré a mi alrededor y distinguí una nube de polvo que se alzaba a unas cuerdas de donde me encontraba. Ese primer impacto fue como el disparo de un cañón que marcó el comienzo de la carrera por sobrevivir.

Los gritos de miedo y de dolor comenzaron a propagarse al mismo tiempo como si se tratase de una película que hasta ese momento había estado en silencio. La gente pasaba corriendo a mi lado como si hubiera un lugar a donde escapar, como si no todo estuviese perdido.

Si no hubiese sido por Marcos y Gabriela, seguramente hubiese sufrido la misma suerte que los millones de personas que perecieron ese día. El polvo se alzaba formando remolinos en el aire y respirar se hacía más difícil después de cada estruendo. Con los ojos entornados y el cuello de la remera como barbijo improvisado, me dirigí hacia el lugar de donde provenían los gritos de auxilio.

Así conocí a Marcos, tratando de salvar a su némesis que pronto se convertiría en el amor de su corta pero significativa vida.

El auto estaba medio prendido fuego, pero aun así traté de encontrar otra alternativa antes de decidir que la opción más rápida era sacrificar la notebook que llevaba en la mochila. Mi computadora quedó destrozada al

igual que el vidrio de la ventanilla por donde salió Gabriela.

Solo un ciego habría podido ignorar su belleza, pero solo un loco como mi amigo Marcos hubiese podido soportar sus maltratos y permanecer a su lado. Su relación era explosiva y pasional. No puedo negar que se amaran, pero peleaban y mucho. Todos los miembros de la Alianza buscábamos rápidamente alguna misión o tarea que nos mantuviera alejados de ellos cuando no estaban de buen humor.

—¡Ay, no! Todavía no había terminado de pagar las cuotas—. Parecía estar a punto de romper a llorar por la rabia de que su vehículo estuviera arruinado.

Nunca me dio las gracias por haber roto la ventanilla, ni tampoco a Marcos, quien se había hecho unos profundos cortes en los brazos con los vidrios rotos para que ella pudiese escapar ilesa.

—¿Qué está sucediendo? —pregunté con la voz áspera por el polvo que inundaba el aire.

—No tengo idea, hombre. Al parecer los meteoros están siendo piloteados por alguien o por algo —respondió Marcos mientras nos jalaba de la ropa para que nos apartásemos del fuego que se había ya extendido al asiento del conductor.

Caminamos juntos, igual de desorientados que todos en la calle. Eran dos extraños para mí, pero aquel momento que compartimos en el auto hacía que me sintiera más cercano a ellos que al resto de las personas a mi alrededor.

Nuestros pasos nos guiaron hacia a una escalera que llevaba a una estación de subte. Bajamos por ella sin saber que se convertiría en nuestro refugio por los próximos días, sin saber que hacerlo nos salvaría la vida. Las luces titilaban en la estación. Había gente por todas partes, algunos estaban heridos y otros lloraban. Había algunas familias reunidas con sus niños, personas solitarias y grupos pequeños de conocidos o a los que las circunstancias los había unido.

Distinguí a Eduardo hablando con una pareja. Parecía desorientado y no lo culpaba por eso, pues yo estaba igual de confundido.

—No tengo señal —se quejó Gabriela.

Revisé mi celular, quería hablar con mi abuela y saber si estaban bien, pero tampoco tenía.

—Olvidé mi teléfono en la oficina —reconoció Marcos.

—No me extraña —agregó Gabriela. Tenía la rapidez de una serpiente cuando se trataba de criticar a alguien.

Él la ignoró y me dijo su nombre. Yo le dije el mío. Más allá de lo que me había contado que la televisión decía sobre aquello que caía del cielo, tenía tan poca información como yo. Decidimos preguntarles a las personas en la estación y Gabriela nos acompañó de mala gana.

Nadie entendía qué estaba sucediendo, pero se habían gestado unas cuantas teorías. Algunos decían que la Tierra era víctima de una invasión extraterrestre. Otros aseguraban que se trataba de un ataque terrorista aunque no se ponían de acuerdo sobre qué país tenía la culpa y los más creyentes decían que el Día del Juicio había llegado.

Yo no sabía en qué creer, pero estaba claro que se trataba de algo terrible. Los temblores indicaban que aquellas extrañas rocas seguían impactando sobre la ciudad y yo esperaba que esa estación no se convirtiese en mi tumba.

Pensé en mis abuelos y me pregunté si los volvería a ver. Me aferré a la esperanza de que así sería, aunque muy en el fondo sabía que no.

Estoy seguro de que si el destino no la hubiese arrebatado de mi vida tan pronto, hubiésemos envejecido juntos, amándonos hasta el final como lo habían hecho mis abuelos. Susurro su nombre y dejo que se lo lleve el viento. Quizás exista vida después de la muerte y ella sienta mi voz como una caricia.

Dato curioso: este cuento fue un capítulo que hice para un proyecto de novela compartida.

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 19

Cuento 17: Cuento breve



Image not found.

Hoy decidí escribir un cuento breve.

Pensé y pensé, pero la inspiración no llegaba.

Entonces como por arte de magia una idea acudió a mi mente y comencé a escribir:

"Hoy decidí escribir un cuento breve..."

Muchas gracias por leer este cuento. Espero de todo corazón que disfrutes esta obra.

Esta obra está disponible en E-book y en papel.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 20

Soplo alquímico

Damarys siempre había sido una joven muy inteligente. Al morir su madre le había dejado el dinero suficiente para poder vivir con comodidad mientras dedicaba su vida a los estudios. Desde que tenía memoria había mantenido en equilibrio su interés por las Ciencias Exactas y por la Literatura.

La joven encontraba en los libros un consuelo que las personas que conocía, con las limitaciones propias de los seres humanos, no podían brindarle. Aunque últimamente ni siquiera aquello llenaba su corazón. Lo cierto era que aunque su relación nunca había sido perfecta, extrañaba mucho a su madre. Los últimos meses habían sido muy duros para Damarys. Se sentía sola. Una parte de su mente la seguía castigando con la culpa que rodea a la muerte de los seres queridos aunque sea algo inevitable.

A pesar de la soledad que llevaba con ella como una carga, se esforzaba en maquillar sus sentimientos. Ante el resto del mundo se mostraba como una persona sociable y amable, aunque en el fondo se sentía completamente vacía.

Su belleza y su inteligencia acaparaban la atención de muchos hombres, pero aunque ella lo había intentado en más de una ocasión, aún no había logrado enamorarse. Estaba segura de que algo estaba mal en ella. Se sentía vacía como si un fragmento le faltase dentro.

La joven intentaba llenar ese hueco en su interior con conocimiento. Leía mucho y experimentaba con distintas sustancias que elaboraba en el rústico laboratorio que habían construido hacía tiempo en el sótano de su casa. Su único afán era encontrar algo que le produjera la emoción perfecta. Algo que la hiciera sentirse realmente viva o por lo menos útil.

La alquimia llegó a su vida casi por casualidad. Una tarde, Damarys comenzó con inocente curiosidad a leer algunos artículos en Internet y con el tiempo incluso adquirió unos cuantos libros en una tienda de libros usados que contenían jugosa información sobre el tema.

Con la inocente curiosidad de aquellos que aman la ciencia, Damarys comenzó a realizar experimentos alquímicos. Estaba fascinada por ver que podía lograr cosas asombrosas. Ignoraba que había fuerzas con las que mejor no experimentar.

La historia humana era testigo de que muchos antiguos alquimistas habían perdido la vida experimentando con mercurio en la búsqueda de la

Piedra Filosofal y la joven era lo suficientemente lista como para no caer en esa seductora trampa. Sin embargo, aunque se mantuvo lejos de los vapores tóxicos, no fue consciente de que su creación podría resultar aún más peligrosa incluso que la transmutación de metales.

Los homúnculos, aquellos humanos creados a través de la alquimia, habían despertado la curiosidad de Damarys. La idea de crear a una persona le parecía fascinante. Se daba cuenta de que las probabilidades de lograr algo así eran casi nulas, pero se preguntó si acaso el conocimiento bastaría para alcanzar la grandeza de la creación. La receta antigua que había encontrado era lo suficientemente sencilla como para que valiera la pena intentarlo.

Lo meditó durante un tiempo y finalmente decidió reunir los ingredientes necesarios para dedicarse a la descabellada tarea de crear su propio homúnculo. La joven decidió adaptar al siglo XXI las instrucciones que había dejado escritas el alquimista Paracelso.

El ingrediente más difícil de adquirir era esperma humano y para conseguirlo tuvo que seducir a un muchacho de su cuadra que siempre había mostrado especial interés en ella. Damarys compró una docena de huevos puestos por una gallina negra en una granja cercana y se robó de allí una considerable cantidad de estiércol de caballo.

Ignorando el asco que le producía manipular esas sustancias, Damarys inició el experimento. Primero inyectó el esperma en uno de los huevos y selló herméticamente con pegamento el pequeño orificio. Luego enterró el huevo en el estiércol de caballo que había colocado en un recipiente, junto a una lámpara que servía de incubadora.

Dejó la lámpara encendida durante cuarenta lunas hasta que la curiosidad la llevó a desenterrar el huevo y romperlo cuidadosamente. Contuvo la respiración al sentir el olor fétido del interior. Movi6 con un palito el contenido negro y gelatinoso buscando alguna señal de vida. Su decepción inicial dio paso al asombro cuando descubrió que dentro de la yema putrefacta había una pequeña criatura respirando con tranquilidad.

La tomó con mucho cuidado entre sus dedos y la acercó a sus ojos. No lo podía creer. Se trataba de una pequeña mujercita del tamaño de la uña del pulgar de Damarys. El cabello blanco y las bellas facciones de la damita la hacían parecer un hada.

Si hubiera dado a conocer en los medios su increíble experimento, quizás se hubiese hecho famosa e incluso podría haber ganado una fortuna, pero a la joven le aterraba que pudieran separarla de esa pequeña e indefensa criatura a la que había dado vida.

Damarys ya no se sentía sola. La pequeña damita, a la que llamó Ivanna y apodó Ivy, requería muchos cuidados y ocupaba la mayor parte de su tiempo. Solo se alimentaba con lombrices y semillas de lavanda y era propensa a los berrinches.

Lo cierto es que crecía muy rápido y con el tiempo se hacía más difícil de controlar. Con el correr de los meses alcanzó la estatura de Damarys. Durante las primeras excursiones que hicieron juntas al mundo exterior Damarys le decía a la gente que eran hermanas aunque el cabello blanco de Ivy contrastaba con el azabache del de su creadora y su comportamiento resultaba a veces extraño y errático.

Algunas veces parecía que Ivy no tenía conciencia del bien y del mal. Quizás aquello se debía a que carecía de alma o quizás, al igual que una niña recién nacida, le llevase tiempo adaptarse al mundo real.

No había culpa en sus ojos cuando apuñaló a Damarys mientras dormía. No supo que aquello estaba mal y aunque aprendía muy rápido, hasta entonces no había conocido el dolor propio ni el ajeno. Ivy no sabía en ese momento que las leyes naturales no se deben romper, así como tampoco lo había sabido Damarys. Después de todo, tan solo eran homúnculos jugando a vivir.

Capítulo 21

Cuento 19: La reencarnación del lobo

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/ltF00eoUCuk>

Me arrastré como pude a la sombra de un frondoso sauce. No era la primera vez que moría, pero siempre era doloroso y triste dejar una vida. Solté un quejido tenue e intenté concentrarme en mi respiración, pero mi mente me traicionó por enésima vez.

Llevé mi hocico húmedo hasta mi pata herida y el mero contacto me hizo estremecer. Sentía la quemazón del veneno avanzando por mi cuerpo con una rapidez tranquilizadora. En cualquier momento alcanzaría mi corazón y podría comenzar de nuevo.

Pensé con nostalgia en mi antigua manada. Hacía tiempo que todos habían muerto ya, por lo que nadie me echaría de menos. No era más que un lobo solitario que moriría en completa soledad. Nadie sabría nunca por el tormento que estaba pasando en esos momentos previos a la transición. Posiblemente, ningún ser me recordaría y era mejor así. Empezar de cero siempre era más sencillo cuando no quedaban vínculos que me atasen al pasado vivido ya que por más que se quiera no se puede volver a él.

Mentiría si dijese que no lo había intentado ya, pero el tiempo solo avanza en línea recta durante el transcurso de una vida. Cualquiera que haya transicionado unas cuantas veces podría notar que tras la muerte el tiempo y el espacio se vuelven erráticos y es imposible descubrir en qué lugar, momento y especie se renacerá.

Sentía cómo mi respiración se iba ralentizando. Es curioso que para alguien que ansía la muerte un segundo pueda durar casi una eternidad. Mi alma humana sonrió con burla. Nadie en su sano juicio imaginaría que un lobo moribundo pudiese filosofar sobre la vida y la muerte, o sobre cualquier cosa por más mínima que fuera. En definitiva, no es algo que se espere de un animal y mucho menos de uno salvaje.

Había vivido más vidas de las que podía recordar. Algunas veces volvía a ser humano y muchas otras no, como dije era algo que yo no había podido descifrar. La primera vida que recordaba, aunque ahora bastante borrosa, había sido la de un humano, pero no puedo estar completamente seguro de que no hubiese pasado por otras vidas anteriores, quizás un

poco menos complejas.

Una vez había conocido a un hombre que se jactaba de sabio y estaba convencido de que había inventado un mecanismo elíptico basado en los datos que yo le había dado. Me había jurado que luego de aquella vida volvería como un cóndor de las cordilleras. En aquella vida le creí. No tenía motivos para desconfiar de él y me daba certezas, algo que yo ansiaba encontrar. Debo haber sido la primera ardilla bebé completamente decepcionada por no poder resolver el misterio de la vida.

Me dejé vencer por el cansancio de quien ya no tiene fuerzas de luchar. Un profundo sueño se apoderó de mí y mi alma se despidió del cuerpo de aquel lobo viejo que la había refugiado durante tanto tiempo. El dolor físico desapareció por completo y le abrió las puertas a la incertidumbre de no saber qué iba a suceder.

Creo que no hay nada más indefenso que un alma desnuda que vaga sin cuerpo por los confines de la nada misma. Me dejé llevar por aquel principio que maneja todas las cosas y que pronto me anclaría en otro cuerpo terrenal. Así sucedía siempre, una y otra vez.

Me pregunté una vez más por qué yo entre tantas almas no podía tener el privilegio de dejar de existir. Nunca, en todas mis vidas, había conocido a alguien con una condición tan extraña como la mía.

De pronto, como si fuese la respuesta que había estado buscando, se me ocurrió una hipótesis que el silencio mismo confirmó para mí en medio de la infinita inexistencia. Quizás durante todo ese tiempo no había sido más que un sueño de un universo que estaba aprendiendo a vivir.

Muchas gracias por leer esta obra. Espero que disfrutes leyéndola tanto como yo disfruté al escribirla.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 22

Cuento 20: Superficie

El tiempo había pintado las paredes de las casas del mismo color añejo. La naturaleza se abría paso a través de los cristales rotos de los edificios y a la distancia un columpio vacío hacía ya demasiados años se mecía con la brisa fría del otoño.

El silencio lo envolvía todo como un manto negro y se llevaba consigo las voces acalladas de lo que algún día había sido una ciudad con niños, con risas y esperanzas. Ahora, aquello no quedaba más que en los recuerdos de la historia.

Daya se dirigió hacia el columpio y se sentó en él. Se quitó la máscara que llevaba. De todas formas no le duraría para siempre y no le habían dado otra. Ya no tenía sentido fingir que tenía alguna oportunidad de sobrevivir. Tan solo las plantas podrían resistir en ese lugar letal. No había visto ningún animal, ni insectos, ni rastro alguno de los seres vivos que según los libros solían habitar el planeta.

Alguna vez había estado orgullosa de haber pertenecido a aquel grupo ínfimo de humanos que había sobrevivido a la gran explosión. Ahora, le parecía estúpido el sistema de selección artificial. "Mérito" lo llamaban los sabios gobernantes. Ella no había hecho nada, tan solo había estado en el vientre de su madre, quien se encontraba en el lugar preciso y en el momento indicado. Sus conocimientos de ingeniería habían sido útiles en la construcción de las ciudades subterráneas que los albergaban a todos. Daya simplemente había nacido allí.

Pensar en su madre provocó que se le cerrara la garganta o quizás la radiación ya estaba haciendo su efecto. Se preguntó cómo reaccionaría la única familia que había tenido cuando se enterase de que había sido desterrada del refugio que la vio crecer. Ser expulsada al mundo exterior era lo mismo que ser condenada a muerte.

Revisó el pequeño morral que le habían entregado antes de arrastrarla hacia el ascensor que la llevaría a un mundo inhabitable desde hacía más de veinte años. Un cuchillo, una muda de ropa, una cantimplora y una ración de alimento que no le duraría más de dos días. Soltó una risa amarga. Si sobrevivía siete años, los piadosos líderes le habían prometido que la dejarían regresar. Pero nada podía vivir allí afuera. Ni siquiera aquellos que habían sido desterrados tan solo por el lapso de una semana

habían regresado. Su final ya estaba escrito.

Daya miró el cielo teñido de naranja y ocre. Observó el atardecer por primera vez en su vida y se quedó maravillada por una fracción de segundo. Sin embargo, su fascinación no duró más que unos instantes. Era consciente de que pronto se ocultaría la única fuente de luz con la que contaba y no le habían dejado ni siquiera una linterna o cerillas para encender una fogata.

Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para levantarse e ir a buscar un refugio en donde pasar la noche. Intentó abrir la puerta de entrada de una docena de casas hasta que finalmente encontró una que no tenía cerrojo.

Agradeció no hallar dentro ningún cuerpo putrefacto y se decepcionó al no encontrar ninguna fuente de alimento en la cocina. Tampoco salía agua de los grifos.

Decidió que el siguiente amanecer caminaría hacia al sur. Allí se suponía que la explosión de radiación solar había sido menos dañina. Quizá, si tenía suerte, podría encontrar algún asentamiento humano, pero había aprendido que la suerte nunca estaba de su lado.

Entró en una pequeña habitación que desprendía olor a encierro y a humedad, pero que aún así resultaba más prometedor que la perspectiva de dormir al intemperie. Quitó las polvorientas sábanas que cubrían un colchón viejo y se recostó hecha un ovillo sobre la cama. Sus sueños nunca tenían piedad con ella y aquella noche no hicieron una excepción y las pesadillas gobernaron su última noche.

Despertó sobresaltada como tantas otras veces. Intentó gritar, pero no pudo. Intentó tomar aire, pero su garganta estaba cerrada. Se incorporó llevando sus manos hacia su garganta. No podía respirar.

El pecho le dolía y se sentía mareada. El sufrimiento pronto desaparecería, en unos segundos dejaría de existir y ya no tendría que preocuparse por nada más. Aunque lo intentó, no pudo mantener los ojos abiertos por más tiempo. Cerró sus párpados tan solo por un instante y cuando volvió a abrirlos lo primero que vio fue una luz pálida sobre su cabeza que la atraía como solo lo prohibido puede atraer.

La luz se fue volviendo tenue y cobró forma humanoide. Daya no temía, había cierta paz en aquella criatura. Se incorporó y observó que varios seres de luz comenzaban a rodearla. Se comunicaron sin mediar palabra alguna, pero a pesar de que ella era humana, pudo comprender que le daban la bienvenida a su nueva vida. Podría empezar de nuevo, todo estaría bien.

Muchas gracias por leer este cuento.

Espero de todo corazón que hayan disfrutado de esta obra y si es así por favor no olviden votar y dejar sus comentarios que siempre me alegran el día.

Los invito a leer otras de mis obras como El poder oculto, Cinco espinas tiene La Rosa o El periodista.

Les mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!